
GARDNER, David, *Last Chance: the Middle East in the Balance*, I.B. Tauris, Londres (2009)

Rodrigo NUÑEZ*

Desde el comienzo de las tensiones en Oriente Medio, especialmente tras la creación del estado de Israel en 1948, los problemas en la zona, lejos de dirigirse hacia una solución ordenada, han mantenido o incrementado su intensidad, bien estancándose en rivalidades históricas perennes —la hostilidad entre israelíes y palestinos—, bien complicándose con la entrada en escena de nuevos elementos perturbadores, como el terrorismo internacional. La extrema complejidad que caracteriza una de las regiones más volátiles del planeta envuelve las fricciones en una telaraña de nacionalismos, religión, petróleo, escalada nuclear, rivalidades etno-sectarias y terrorismo organizado. La reciente intervención militar de Estados Unidos en Irak no ha hecho sino zarandear aún más el avispero de Oriente Medio.

Es quizá por ello que David Gardner, periodista especializado en el mundo árabe e islámico y editor del *Financial Times*, decidió embarcarse en la redacción de *Last Chance: The Middle East in the balance*. Sus páginas no se limitan a describir exhaustivamente el origen y evolución de los conflictos en la zona. El autor analiza el perjudicial papel desempeñado por las incursiones de la administración Bush en los últimos años que, unido al renacimiento de los movimientos islamistas, ofrecen un panorama desolador de cara al

futuro. Gardner resalta la enorme responsabilidad a la que se enfrenta la nueva presidencia de Estados Unidos, personificada en Barack Obama, para intentar recuperar la credibilidad americana, pulverizada tras las intervenciones en Afganistán e Irak. El autor advierte que no disponemos de mucho tiempo, que nos encontramos ante la "última oportunidad".

La tesis central de la obra es sencilla: si los países árabes continúan siendo gobernados por autócratas respaldados por Occidente, sus ciudadanos recurrirán crecientemente a la desesperación y la ira, optando en el peor de los casos por engrosar las filas de organizaciones extremistas. Para evitar este desenlace, Obama debe restaurar su reputación emitiendo las señales adecuadas: una mediación asertiva que proporcione seguridad a Israel y justicia a los Palestinos, otorgar a Irán un rol especial para lograr la estabilidad en la región, retirar ordenadamente las tropas de Irak y, sobre todo, mostrar un compromiso por la expansión de la democracia en Oriente Medio.

El apoyo otorgado por Occidente a los tiranos del mundo árabe e islámico ha tenido como principal consecuencia que las poblaciones de estos países hayan permanecido excluidas de las olas de democratización que se extendieron por todo el mundo a lo largo del siglo

pasado, dando lugar a lo que Gardner ha denominado “la excepción árabe”. Efectivamente, mientras los regímenes autoritarios en Latinoamérica, Europa del este, África subsahariana y Asia paulatinamente daban paso a democracias constitucionales, la sociedad civil en Oriente Medio contemplaba amargamente cómo sus dirigentes continuaban en la línea del despotismo. La aquiescencia mostrada por Estados Unidos hacia los regímenes autocráticos de Arabia Saudí, Jordania, Egipto o Pakistán — cuyos líderes ilegalizan o mantienen debilitados los movimientos islamistas dentro de sus fronteras— responde a un intento de garantizar la estabilidad de la región y el suministro de hidrocarburos a precios razonables.

En la obra se establece un paralelismo entre este respaldo y el apoyo que recibieron en África o Latinoamérica varios regímenes militares contrarios al comunismo durante la Guerra Fría. Al igual que entonces, las libertades de los ciudadanos quedan totalmente anuladas. La diferencia estriba en que una parte de estos ciudadanos contempla como única opción el extremismo islámico. El autor insta a Obama a ser consciente del peligro asociado a su complicidad con el despotismo árabe y musulmán, y recuerda que la mayor parte de los artífices de los atentados del 11S procedían de sus dos mayores aliados en Oriente: Egipto y Arabia Saudí.

A pesar del título del libro, el llamamiento de Gardner no sigue la senda de los discursos alarmistas que vaticinan premoniciones apocalípticas sobre un choque de civilizaciones de

corte huntingtoniano. *Last Chance* es contundente en sus advertencias, pero no incurre en el pesimismo, sino que deja abierta una puerta a la esperanza. Una puerta de la que sólo EEUU y los gobernantes y sociedad civil árabes tienen la llave, que deben emplear para otorgar a la población aquellos derechos que les han sido negados durante tanto tiempo.

En cierto sentido, no obstante, se ha producido ya un choque: una guerra de ideas que amenaza con dilatar las diferencias entre el mundo occidental y el árabe/musulmán, viciando la percepción sobre el otro e impermeabilizando cada vez más sus respectivas culturas. Tras el 11S, el “nos odian por nuestras libertades” que vertebró el discurso de la clase política en Estados Unidos, fue seguido por un sentimiento islamofóbico que comenzó a arraigar en determinados sectores de una sociedad americana todavía en estado de *shock* y con la imagen de las humeantes torres aún en sus retinas. Del lado árabe, pese a que varias encuestas mostraban una percepción negativa hacia Estados Unidos, revelaban también que la gran mayoría de la población de Oriente Medio apoya valores como la libertad o la democracia, y valora positivamente la ciencia, la educación y los productos occidentales.

El autor deduce, pues, que el mundo musulmán no odia a Occidente por sus libertades, sino por sus acciones. Éstas se han caracterizado por la ya mencionada connivencia con los tiranos en la región, así como los escándalos por los excesos cometidos en Irak y Afganistán o su respaldo incondicional a su aliado

Israel. Gardner señala que las élites hebreas deben ser conscientes de que la Autoridad Palestina difícilmente reconocerá a un estado cuyas fronteras, lejos de estar definidas, avanzan diariamente hacia el este al ritmo de los asentamientos judíos. El autor alienta a Obama a diseñar una política más asertiva con respecto a Israel, como ya hiciera Eisenhower en la crisis de Suez, Reagan en el bombardeo de Beirut en 1982 o Bush padre para detener la expansión de colonos en 1991.

Pero si existe un rasgo que ha caracterizado la política exterior norteamericana reciente en la región, es el uso de la fuerza armada, cuyos efectos a menudo son precisamente los que el agresor pretende evitar. La intervención en Afganistán ha extendido la actividad de los talibanes y sus aliados yihadistas hacia Pakistán. La invasión de Irak derivó en una sanguinaria insurrección sunnita y, más dramáticamente, en la instauración de un gobierno chiíta en un país árabe, rompiendo de este modo un status quo milenario, iniciado desde el colapso de la dinastía fatimita en Egipto en 1171.

La irresponsable estrategia de Bush abría así la caja de Pandora, incrementando la influencia de las minorías chiítas de numerosos países del Golfo, y fortaleciendo a su acérrimo enemigo Irán, cuya población —chiíta— observaba complacidamente cómo el ejército americano destruía a sus más temidos rivales —sunnitas— al otro lado de sus fronteras: los talibanes en Afganistán y la dictadura de Saddam Hussein en Irak. Irán abandonaba así

su aislamiento para emerger como un fortalecido actor regional cuya influencia ha de ser tomada en cuenta a partir de ahora. Obama ha de ser consciente de que los conflictos del siglo veintiuno no pueden ser resueltos por medios convencionales. Por emplear la misma metáfora que Gardner, el mejor equipo de fútbol del mundo jamás ganaría un partido de baloncesto. En este sentido, el poderío armamentístico estadounidense resulta tremendamente vulnerable en un contexto liderado por guerrillas, organizaciones terroristas y rivalidades sectarias.

El empleo de la violencia, no obstante, no ha sido exclusivo de Washington. Otros actores en la región se han valido de la fuerza, con resultados igualmente desastrosos. Las diversas ofensivas que Israel ha lanzado contra Líbano desde 1982 tuvieron como consecuencia la indignación de la sociedad libanesa y el fortalecimiento de Hezbolá, que ha visto incrementados tanto el número de sus seguidores como el de sus actividades terroristas. Los ataques protagonizados por activistas de Hamás, en lugar de reportarles un camino hacia la creación de un estado, han propiciado el rechazo de la comunidad internacional y condenado a millones de palestinos a permanecer aislados —y hacinados— en la minúscula ratonera de Gaza. La segunda intifada en Palestina y los atentados contra ciudadanos occidentales en Arabia Saudí para desestabilizar la monarquía Saud derivaron en sendos fracasos.

Dada la escasa efectividad de la violencia, por no mencionar

las consideraciones morales, *Last Chance* aboga por un viraje hacia la democracia, negada durante tanto tiempo al mundo musulmán. No obstante, este giro no aparece exento de riesgos: en el corto plazo podrían surgir levantamientos que amenacen la estabilidad interna de estos países. También hay que contar con un posible triunfo electoral de aquellos partidos islamistas que Occidente y sus aliados árabes se han esforzado por sofocar. Se trataría de una situación parecida a los nacionalismos decimonónicos europeos que cobraron fuerza en el siglo veinte, algunos con siniestras consecuencias. Sería por tanto de vital importancia aislar las versiones radicales y fortalecer aquellos grupos políticos orientados a la democracia. No se trata de derrocar a los dirigentes despóticos de la región como se hizo con Saddam, sino de potenciar aquellos sectores de la sociedad y la política que van en la dirección de la apertura y las libertades.

Los tímidos experimentos democráticos llevados a cabo en algunos países (la Carta Nacional jordana de 1989, el Diálogo Nacional de 2003 o las elecciones municipales en Arabia Saudí de 2005), deben ser impulsados para que evolucionen en compromisos más sólidos. Obama no puede permitirse despreciar oportunidades como hizo su predecesor en 1998 y 2003 con Irán, cuando Mohammad Khatami le tendió la mano para dialogar, al tiempo que rebosaba promesas liberales en materia de política nacional, con un discurso compuesto de términos como “derechos humanos” o “una sociedad más libre” completamente ausentes en la retórica del actual

dirigente Ahmadineyad. Estados Unidos ni siquiera mantiene relaciones institucionales con algunos estados árabes y ha permanecido al margen de los esfuerzos diplomáticos que países como Turquía, Arabia Saudí, Egipto, Alemania o Francia realizaron a través de diversos acuerdos y encuentros entre estados árabes a lo largo de 2008. Obama debe implicarse activamente con el objeto de aprovechar la crisis de legitimidad que atraviesan estos regímenes y canalizar sus recursos en la promoción de la educación, la democracia, la seguridad y la creación de empleo, así como acercarse a los sectores de población árabe que, como los reformistas islámicos, demandan elecciones, libertad de expresión o paridad en la distribución de la riqueza, tal y como ya están haciendo los *Islahiyyun* en Arabia Saudí.

Globalmente, la obra de Gardner contiene una aproximación histórica exhaustivamente documentada. Cada uno de los capítulos incluye un relato detallado de eventos que facilita la comprensión de las raíces de los problemas, permitiendo descubrir cómo se ha llegado a la situación actual en cada uno de los países. El lector podrá familiarizarse con la unión de la casa de los Saud con la de ibn Abdul Wahhab en Arabia Saudí, el cisma en el seno del Islam que separó a sunitas de chiítas o la llegada de maronitas y drusos a la cordillera del Líbano buscando refugio. Interesantes resultan asimismo los razonamientos teóricos sobre el papel de la economía y de la religión en Oriente Medio. Para el autor, si bien es cierto que un mayor grado de desarrollo podría traducirse en una mejora de la situación general,

lo cierto es que la política parece tener más peso que la economía en la solución de los problemas. No hay que olvidar que los participantes en el 11S procedían mayoritariamente de clases medias o acomodadas y que, en algunos casos, habían sido educados en Occidente. Asimismo, la ira que nutre los grupos islamistas posee raíces claramente políticas: la artificialidad de las fronteras estatales en la región como consecuencia del colonialismo europeo, el fracaso del pan-arabismo, el desplazamiento de la otrora eminente civilización islámica por el auge occidental o el ya mencionado apoyo incondicional a Israel y a los déspotas árabes.

Por lo que respecta a la religión, el libro constituye un esfuerzo por resaltar la distinción entre el credo islámico y las interpretaciones distorsionadas de los islamistas radicales, subrayando el respeto que el Corán solicita para musulmanes, judíos y cristianos, que comparten un linaje profético que se remonta a Abrahán. El autor señala que el Islam es una religión inclusiva y nos recuerda que, tras la conquista musulmana de Jerusalén en el año 638, fue el Califa Umar ibn al-Khattab quien garantizó a los cristianos la libertad de credo, quien limpió y purificó los restos del antiguo templo judío (usado como vertedero por los cristianos) y quien reasentó a los judíos en la ciudad antigua, de la que habían sido expulsados por los bizantinos.

Al mismo tiempo, desde las páginas del libro se insta a un Occidente orgulloso de haber secularizado sus gobiernos desde

hace siglos a recordar su propio pasado para descubrir que religión y política no han permanecido del todo desligadas. Durante la Guerra Fría, la democracia cristiana se extendió por Europa y Latinoamérica —apoyada por la Iglesia Católica— en su lucha contra el comunismo. Incluso Stalin utilizó la iglesia ortodoxa para motivar a las masas. Más recientemente, los conflictos de Bosnia o Chechenia presentaban tintes claramente religiosos, mientras que Austria y Polonia insistían en la inclusión de Dios en el preámbulo de cualquier futura constitución europea. En Estados Unidos, el fundamentalismo cristiano producía un discurso plagado de “cruzadas”, “guerra contra Satán” o la “ley de la Biblia”, al tiempo que en Europa la cuestión del *hiyab* o la adhesión de Turquía a la Unión Europea están a la orden del día. En cualquier caso, el autor insiste en que no fue una decisión espontánea de los musulmanes el resguardarse en la religión. Fue sólo cuando Occidente comenzó a apoyar las tiranías árabes, con la consiguiente reducción de los derechos de la sociedad civil, que ésta se cobijó en las mezquitas y comenzó a beber de un islamismo que se presentaba como una ideología de liberación. Es precisamente este destino el que Gardner pretende evitar a través del llamamiento que realiza a lo largo de las páginas de esta publicación, marcada tanto por su exhaustivo análisis sobre los problemas reales que subyacen a la creciente crisis de legitimidad de los mandatarios del mundo árabe y musulmán y al auge del islamismo, como por su invocación al sentido común, al diseño de políticas orientadas a la apertura democrática y

a la comprensión de lo que realmente está ocurriendo en Oriente Medio.

***Rodrigo NÚÑEZ** es licenciado en Psicología por la Universidad Autónoma de Madrid, ha cursado el título en Estudios Internacionales y Europeos del Birkbeck College en Londres y, el Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la UAM.